



Gustavo Martín Garzo

Un paraíso de escombros



GUSTAVO MARTÍN GARZO

Un paraíso de escombros

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2026

© Gustavo Martín Garzo, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 573-2026
ISBN: 979-13-87605-99-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

No hay espejo; todo es fuente.

ANTONIO MACHADO

La sed es la gracia, pero las aguas son oscuras.

CLARICE LISPECTOR

Para un poeta es fácil hablar de guerreros valientes y pícaros astutos sin faltar a la verdad, porque la valentía y la astucia tienen hazañas que les son propias. Mas ¿cómo hablar de los enamorados sin faltar a la verdad? El amor no tiene ninguna hazaña que le sea propia.

W. H. AUDEN

El amor es el hombre inacabado.

PAUL ÉLUARD

Mi madre era una osa

–Atalanta–

I

Nunca fui como las otras jóvenes. Acababa de nacer cuando mi padre, deseoso de un varón que le sucediera en el trono, me abandonó en el monte Partenio. No quería hijas este padre, cuyo nombre omitiré desde ahora, por no creerle merecedor de ninguno. Consideraba a las mujeres inferiores y ordenó que me arrojaran a la voracidad de los animales. Se dice que fue Artemisa quien me tomó bajo su protección, pero fue una osa quien lo hizo. Los lobos habían matado a sus crías, y al verme entre las rocas aquella hermosa hembra se hizo cargo de mí. Los osos se parecen a los seres humanos, pueden caminar sobre sus patas traseras y servirse de las delanteras como si fueran brazos. Y ella me llevó a su cueva, donde me dio su leche y el calor de su cuerpo. Fue una buena madre, la osa. No se separaba de mí y me proporcionaba cuanto necesitaba. Debido a su gran fortaleza los animales me respetaban, temerosos de su furia. A su lado aprendí a subir a los árboles en busca de bellotas, avellanas y castañas, a husmear en el suelo para encontrar los exquisitos tubérculos, y a seguir el zumbido de las abejas hasta las colmenas donde guardan su miel, que es el alimento más delicioso que existe. Amaba los

huevos minúsculos de los pájaros, y los devoraba con delectación. Guardan en su interior una sustancia viscosa que al deslizarse por tu garganta genera en ti el deseo de cantar. Sin embargo, no había nada comparable a la época en que los salmones ascendían río arriba para desovar, y mi madre y yo los capturábamos con el gozo con que se toman en otoño las uvas rebosantes de mosto de las parras. El mundo era un inmenso banquete donde todos tenían cuanto necesitaban.

Solo había una cosa que mi madre no me dejaba comer, los despojos de los animales. Los osos disfrutaban con su olor y su fuerte gusto a tierra y a raíces, pero mi madre no solo me prohibía que los comiera, sino que no le gustaba que yo viera cómo ella y los otros osos lo hacían, pensaba que merecía algo mejor. Todas las madres piensan eso de sus hijos, no importa lo vulgares y violentos que estos sean, piensan que si han llegado a sus brazos es para anunciar un mundo mejor que aquel que ellas les ofrecen, aunque casi siempre se equivoquen.

A veces, merodeando por el monte, tropezábamos con algún campesino que había ido a por leña, lo que nos hacía huir. Todos los osos los temían, y procuraban mantenerse alejados. Cuando empecé a ser mayor me gustaba merodear sola por el monte. Y aunque mi madre me recomendaba que no me alejara de nuestra guarida, nada me gustaba más que acercarme a las moradas de los seres humanos. Un camino rodeado de viñas me llevó una tarde a un pequeño prado donde había una cabaña. Y allí, frente a la puerta, vi a una joven. Acababa de tender la ropa, y se movía con tal gracia sobre la hierba húmeda que pensé que en cualquier momento podía desprenderse del suelo y echarse a volar. ¿Por qué mi madre no me había dicho que en aquel mundo del

que recelaba existían seres así? Desprendiéndose de la túnica que la envolvía, la joven se empezó a lavar dejando al descubierto sus pechos, que eran como las cabecitas de dos cabritillos que se inclinaban sobre la artesa para beber. Parecían hechos de musgo, de leche cuajada y blanca; y tan ensimismada estaba yo en su contemplación que la joven me sorprendió y salió corriendo asustada. También yo corrí entre los árboles y las rocas, hasta llegar a nuestra guarida.

Empezaba a hacer frío y los alimentos escaseaban. Los osos se preparaban para hibernar, cada uno por su cuenta, pues eran animales solitarios que solo durante la temporada de apareamiento buscaban la compañía de sus congéneres. Después de consumir grandes cantidades de alimentos para incrementar su capa de grasa, se refugiaban donde nadie los pudiera encontrar: en cuevas, o agujeros que excavaban en el suelo y que acondicionaban con hierbas y ramas. Las osas a veces parían durante el invierno y, aun hibernando, les daban a sus crías su calor y su leche. Aunque lo normal era que mientras estuvieran criando se mantuvieran activas, incluso en invierno. Mi madre, cuando sintió que me valía por mi cuenta, volvió a hibernar. Yo me acurrucaba a su lado y me pasaba dormitando gran parte del invierno, pero mi metabolismo me impedía alcanzar la profundidad del sueño de las osas, y a menudo abandonaba la cueva y me iba al monte en busca de alimentos y de pequeñas aventuras.

Me gustaba observar a escondidas a los seres humanos. Me gustaba que sus cuerpos no estuvieran cubiertos de pelo, y que caminaran erguidos, dejando libres sus brazos y manos. Me fascinaban sobre todo esas manos, tan semejantes a las mías, que les permitían no solo enfrentarse a sus quehaceres diarios, como segar, cocinar o

atender al ganado, sino llevar a cabo acciones carentes en apariencia de utilidad, pero llenas de un inasible encanto, como peinar sus cabellos, ordenar sus ropas o hacer gestos con los que se diría que se comunicaban con seres que yo no podía ver, de forma que, al lado de las cosas que se podían percibir y tocar, había otras de cuya existencia solo ellas se daban cuenta. Era como si esas manos no solo pertenecieran a su cuerpo, sino que guardaran vínculos extraños y secretos con esa parte de sí mismos que ellos llamaban *pneuma*. ¿Sabes lo que es?, me diría una tarde la joven de la cabaña cuando había aprendido su lengua y la podía entender. Paseábamos juntas por el campo cuando vimos a un pastor que golpeaba brutalmente a su burro con un palo. Me dijo que el *pneuma* era nuestra respiración. El aliento divino que informaba y ordenaba el universo. Una pequeña llama que llevábamos en las manos y que parecía siempre a punto de apagarse. Y me señaló a aquel bruto, y la oscuridad de sus gestos al golpear al pobre animal. La luz que desprendían esas llamas, continuó diciéndome, nos revelaba cosas que en su ausencia no habríamos podido conocer.

No podía apartar los ojos de aquella joven. Había nacido con un pie extraño, parecía la pezuña de un animal. Tal vez por eso todo la cansaba y enseguida la sentías respirar con dificultad, como si aquella llama que llevaba en sus manos estuviera a punto de apagarse. Había visto comportarse así a muchos animales en el monte. De pronto se detenían, y buscaban jadeando un lugar solitario donde descansar. Aquella muchachita, como ellos, tenía un corazón diminuto; enseguida supe que se iba a morir. Y esto me hizo amarla todavía más. Hasta la muerte se volvía hermosa cuando venía a buscarla a ella. Todo lo que hacía me maravillaba. Distinguía los espíritus en los

árboles, en las montañas, en las piedras, como si percibiera las intenciones ocultas de las cosas. Adoraba al sol, a la luna, a las estrellas, adoraba al dios de las tormentas, de los árboles, de los ríos, al dios de los muertos, como si ella, la viajera ocasional que cruzaba rápidamente este mundo, solo estuviera allí para celebrar la existencia de todo aquello.

Al anochecer, regresaba a la cueva y me cobijaba en el cuerpo inmenso de mi madre osa para recibir su calor. Incluso trataba sin éxito de despertarla. Quería saber por qué me había contado aquellas atrocidades sobre los seres humanos, cuando aquella joven me parecía tan diferente. Un día, al inclinarme sobre el arroyo, me fijé en que en mi pecho había dos leves abultamientos en los que hasta ese momento no había reparado, y recordé la tarde en que la joven se había despojado de sus vestiduras. Si a mí me estaban creciendo unos senos iguales a los suyos, acaso compartíamos la misma maravillosa naturaleza. Fue como si una fuerza misteriosa me uniera a ella. Solo quería estar a su lado, y me pasaba jornadas enteras sin regresar a nuestra cueva, como si, al estar dormida mi madre, ya nada me uniera a ese lugar.

No tardó ella en darse cuenta de que la espiaba y empezó a dejarme comida junto al pozo, que yo devoraba ávidamente, pues aquel invierno la comida era más escasa que nunca. Hasta que un día no se limitó a dejar los alimentos, sino que dirigiéndose a los matorrales en que estaba escondida empezó a hablarme con una voz tan dulce que enseguida supe que no quería hacerme daño. Los días siguientes, aquellos sonidos y los delicados gestos con que los acompañaba se volvieron para mí en un remanso de paz. A veces un ruido inesperado me asustaba instándome a la fuga, pero enseguida regresaba aver-

gonzada a su lado. Zoe, que así se llamaba la joven, juntaba entonces nuestras manos, o tras enseñarme sus pechos me pedía que me apartara la ropa para ver los míos, como si me estuviera diciendo que no temiera pues teníamos el mismo ser.

No tardé en entrar en su cabaña ni en dormir junto a ella en un jergón relleno de paja que dispuso para mí. Me fue enseñando todo: a asearme y vestirme, a ordenar la casa y a lavar la ropa en el río. Tenía un horno en el que cocía los cuencos y vasijas a los que daba forma en la roja arcilla, que se escurría entre tus dedos como si quisiera regresar al lecho del que procedía. ¿Lo ves?, me decía Zoe. Todo quiere permanecer en su ser. Era hermoso ver cómo sus manos domaban aquel barro, que entre sus dedos adquiría formas inimaginables. Cuando las vasijas, las cráteras y las ánforas estaban cocidas las decoraba cuidadosamente, con colores que su padre, que también había sido alfarero, le había enseñado a preparar. Le gustaba que las figuras rojas aparecieran sobre un fondo negro. Dibujaba en sus superficies objetos y criaturas inimaginables. Allí estaban los lugares que conocía, los campos, las montañas lejanas, el río, sus casas, pero con una luz nueva, como si el mundo no solo estuviera allí para que nos sirviéramos de él, sino para ser comprendido y representado, para que lo transformásemos en figura de nuestro pensamiento. A veces me acordaba de mi madre, y sentía el deseo de subir al monte para verla de nuevo. Pero tenía miedo de que descubriera mi nuevo ser, de que pensara que la había traicionado. Además, la idea de un mundo donde Zoe no estuviera conmigo me resultaba intolerable.

Con la llegada del buen tiempo empezamos a acudir a los mercados. Teníamos mucho éxito con nuestras vasi-

jas. La gente de los pueblos nos las quitaba de las manos porque no había otras más bellamente decoradas, y porque éramos nosotras las vendedoras. Pronto creció nuestra fama entre los jóvenes, que se acercaban al puesto para mirarnos. No venían a ver las vasijas, era a nosotras a quienes querían comprar. Zoe se reía de ellos. ¿Están en venta los pájaros que vuelan por el aire?, les preguntaba. Pues tampoco lo estamos nosotras.

Muy cerca de la cabaña estaba la tumba de su padre. La visitaba cada noche, como si a pesar de estar muerto le pudiera escuchar. Le hablaba de las piezas que ya habíamos cocido, de los nuevos pigmentos que utilizaba para pintarlas y de los jóvenes que se acercaban a nosotras fingiendo que las querían comprar. Sus risas recordaban a los potros cuando bajaban al río a beber y relinchaban enseñando sus dientes blancos. Una tarde le habló de mí, de lo lista que era, y de cómo cazaba al vuelo cuanto me decía, de que solo en unos meses había aprendido a hablar con tanta gracia que cautivaba a todos con mis ocurrencias. Si los jóvenes se arremolinaban ante nuestros puestos solo era para estar conmigo, le decía. Pero no, no era cierto. Era a ella a la que venían a ver. Yo me había criado con una osa y Zoe era frágil como un pajarillo. Los hombres no querían oír en sus lechos los gritos de una rival, sino los gemidos de una niña.

Una tarde, al regresar de una de mis escapadas al monte, Zoe me enseñó un ánfora que acababa de pintar. Había dibujado en ella la escena en que Psique, desafiando la prohibición de Eros, el dios del deseo, enciende la lamparita que lleva escondida en su túnica para verle dormir. ¿Sabes en lo que pensaba mientras pintaba esta ánfora?, me dijo sonrojándose, como si le diera vergüenza reconocer que pensaba cosas así. En lo hermoso que sería

retenerte dentro de esta pequeña ánfora para que no te pudieras escapar. Siempre temía que yo no regresase, y que, como le había pasado a Psique, no le quedara más que la oscuridad de esa cueva que era el mundo. Odiaba esa vida mía en el monte de la que nada sabía, y temía que un día pudiera no regresar. Una jaula en busca de un pájaro, eso es el amor, continuaba diciéndome, por mucho que nos empeñáramos en lo contrario. Pero cuando lo encontrara, ¿querría ese pájaro vivir allí preso?

Yo no supe hacerlo. Era feliz a su lado, y nada era mejor que bajar a los pueblos con aquellas vasijas que nos quitaban de las manos. Pero también me gustaba abandonarla y perderme por riscos y barrancos. Cada vez que volvía con mi madre la encontraba peor. Apenas veía, y cualquier desplazamiento la fatigaba. Le costaba conseguir alimentos, y solo cuando tenía la suerte de encontrarse con un ciervo o un jabalí muerto podía saciarse. Muy pronto no pudo ni abandonar su cueva, y era yo quien tenía que ocuparme de alimentarla. Su mundo se había transformado en una cueva maloliente en la que se preparaba para morir.

Pensaba entonces en Zoe y en el cuidado con que decoraba sus vasijas y sus ánforas. Era como si quisiera preservar todas las cosas del mundo de la muerte. Cuando por fin empezaron a brotar las nuevas hojas y desde lo alto de las montañas la nieve derretida llenó de agua los arroyos, mi madre murió. Quise entonces regresar con Zoe, pero la escena que me encontré me heló la sangre. De la cabaña, nuestra cabaña, solo quedaba un montón de ruinas, a cuyo alrededor estaban esparcidos los fragmentos de las vasijas y cerámicas que Zoe había cocido y coloreado. ¿Quién podía haber hecho algo así? Era como si no solo hubiera querido destruir aquel lugar, sino bo-

rrarlo por completo de la memoria del mundo. Al lado de la tumba del padre de Zoe, alguien había cavado una tumba más modesta en la que enseguida supe que estaba ella enterrada, la adornaba una de sus vasijas llena de flores.

El pastor que nos vendía la leche y el queso me dijo que la habían asesinado y que era él quien la había enterrado. Los criminales eran un joven nubio y sus criados. Le pregunté cómo era ese joven, y supe que solo podía ser el joven hermoso que al final del otoño se había acercado a nuestro puesto. Llevaba un jubón listado, cubierto de hermosos bordados, y un tocado hecho con una tela a rayas azules y amarillas, que ajustado a su frente caía a ambos lados enmarcando su rostro. Zoe le animó a comprar una de nuestras ánforas. Puedes meter dentro a la muchacha que ames, podrás sacarla de allí cada noche y llevarla a tu lecho. El joven se rio. Era como un pájaro de hermosos plumajes extendiendo sus alas, a punto de emprender el vuelo y de perderse en el aire al que pertenecía. ¿Y si es a ti a quien quiero meter en su interior?, se jactó orgulloso. Y se la quedó mirando con la determinación del que solo acepta vivir en un mundo hecho a la medida de sus deseos. No, eso no puede ser, le contestó Zoe con una sonrisa. Si me encierras en tu vasija, ¿dónde encontraría yo la arcilla que necesito para trabajar en las mías?

Acostumbrado a conseguir lo que se proponía, la broma de Zoe, que hizo reír a los que la escuchaban, le hirió profundamente. Esa noche la siguió hasta la cabaña y tras gozar de ella brutalmente la entregó a sus criados como se arroja a los perros la carne que te sobra. La terrible escena que me contó el pastor no se me iba de la cabeza. ¿Cómo un joven tan bello había podido com-

portarse así?, me preguntaba. ¿Acaso para los varones el mundo solo era un inmenso festín en el que las muchachas que vivían a su lado no eran más que unas apetitosas presas?

Regresé al monte con el propósito de apartarme de los seres que me habían arrebatado lo que más amaba. Pero la soledad empezó a pesarme. Echaba de menos el mundo que había conocido junto a Zoe. Echaba de menos su alegría cuando se despertaba, y saludaba al sol, a los árboles y a las aves, como si se sorprendiera cada mañana de que continuaran con nosotras un día más. Echaba de menos las noches en que se acostaba conmigo y, a la luz de una vela, me hablaba de una isla perdida donde le gustaría llevarme. Una isla en la que todas las cosas que soñábamos en este mundo eran reales y se podían ver y tocar.

Vagué meses enteros por el monte sin saber qué hacer ni adónde dirigirme, y en aquellos vagabundeos siempre terminaba acercándome a los pueblos. Mi atrevimiento se fue haciendo mayor: por las noches llegaba a caminar por las calles y me asomaba a las ventanas encendidas para ver lo que hacían. No tardaron en descubrirme y en hacerme caer en una de sus trampas. Mis pelos habían crecido, y el barro y la suciedad cubrían mi cuerpo desnudo. En un primer momento dudaban de si era un ser humano o un animal, pero como podía hablar y entender lo que me decían poco a poco me aceptaron como una muchacha más. Hice mías sus costumbres y empecé a participar en sus tareas y distracciones, especialmente en las cacerías, gracias a mi conocimiento de las costumbres de los animales y a mi habilidad con el arco. Y me hice famosa tras dar muerte a un jabalí salvaje que asolaba los cultivos y atacaba a los caminantes. Pero a pesar de mi

buena relación con los cazadores no permitía que se acercaran a mí, ni que me tocaran. La muerte de Zoe me provocaba una profunda aversión hacia ellos, y no podía acercarme a ningún varón sin ver en su rostro los rasgos de un asesino.

Pronto mi fama se extendió por toda Beocia y empezaron a contarse un sinfín de historias sobre mí. Decían que me había criado en el monte, y que no había cazadora más experimentada que yo. Mis hazañas, según esos relatos, eran innumerables. Contaban que durante una cacería en Cifanta había hecho brotar una fuente golpeando una roca con mi jabalina porque tenía sed, y que me había enfrentado a Hileo y Reco, dos centauros que quisieron violarme, y a los que maté con mis flechas. También que había dado muerte al jabalí de Calidón, al que todos temían por su agresividad y sus ansias de sangre humana. Atraído por mi fama, un día el rey quiso conocerme. Supo al instante, al ver la señal que cruzaba mi frente, que yo era la hija que había ordenado abandonar en el monte. Arrepentido, quiso resarcirme del mal que me había causado y me llevó a su palacio. Y pasé de luchar cada amanecer para conseguir el alimento que necesitaba, y defenderme de los ataques de los animales, a ser una joven mimada a la que le bastaba con pedir algo, da igual lo que fuera, para que al instante todos me lo quisieran llevar. Pero esa vida no me gustaba. Aprovechaba la menor ocasión para regresar al monte donde había transcurrido mi infancia y donde había conocido el amor. De mi madre osa, primero, y después de Zoe, cuyo amor me había devuelto la condición humana. Le llevaba flores a su tumba, hablaba con ella, y me dejaba llevar por los recuerdos de nuestra vida en común, que tenían que ver, casi siempre, con los dibujos y figuras con que adornaba sus vasi-

jas. Me contó que de pequeña había viajado hasta Anatolia, una región bañada por las aguas del mar Negro donde vivía un pueblo famoso por sus trabajos con el barro. Su padre, que también era alfarero, había oído hablar de la belleza de sus vasijas, que decoraban con delicadas figuras, y los quiso visitar. No tardaron en descubrir que sus vasijas no eran solo lo que parecían. Aquella gente inscribía en ellas figuras y símbolos que tenían que ver con sus creencias y sus devociones; figuras inaccesibles que quedaban recluidas en su fondo sin que la luz o la mirada de hombre alguno pudiera llegar a ellas. Jeroglíficos que no serían descifrados jamás, pero que todos sabían que estaban allí, y convertían un utensilio vulgar en un objeto de recogimiento y devoción: un lugar de encuentro con el misterio del mundo. Me dijo que ella también dibujaba cosas así en el interior de sus vasijas. Le pregunté qué cosas eran esas, y se rió de mí. Si te las dijera no quedaría nada, me contestó. Sería como tirar la vasija al suelo para que se hiciera pedazos.

Una tarde me quedé dormida sobre su tumba, y tuve un sueño en que una cierva muy hermosa venía a visitarme. Tenía los ojos de una muchacha. Artemisa le había dado un mensaje para mí. No debía casarme nunca, me transformaría en un animal si lo hacía. Y me miró tan dolorosamente que sentí aquel dolor como si fuera mío. Me desperté sobresaltada y regresé confundida al palacio de mi padre. No podía olvidar la forma en que la cierva se había acercado a mí y me había susurrado aquellas palabras como quien confía un secreto o teme estar haciéndolo a alguien que no lo merece. No podía olvidar que sus ojos eran los de una muchacha como yo. Me acordé de una noche en que, al despertarme, vi que Zoe no estaba a mi lado. Salí a buscarla y, a la luz de la luna, la vi traba-

jando en el pequeño taller donde hacía sus vasijas. Anda, ven, me dijo al verme en la puerta. Y me enseñó lo que estaba haciendo. La vasija estaba abierta por la mitad y en su interior se veía un grupo de muchachas y ciervas en un prado. Me quedé mirando el cuidado con que Zoe había pintado aquellas figuras y los pigmentos tan hermosos que había elegido. No le importaba que, tras juntar de nuevo las dos mitades, nadie fuera a ver aquellas escenas. Me dejó que estuviera allí un rato mirando lo que hacía, y luego me pidió que me fuera. Por la mañana, cuando le pregunté por el significado de aquellos dibujos, no quiso explicar. Somos tú y yo, dijo enigmática. Todo lo que pinto es verdad.

¿Qué significaba mi sueño? ¿Por qué en él la cierva tenía los ojos de mi amiga? Pensé entonces en su pie equino, y cómo aquel defecto que la hacía cojear levemente en vez de afeár su belleza la volvía más honda y cautivadora. Otro cuerpo latía escondido en el suyo, esperando el momento de aparecer. Tuve entonces la convicción de que Artemisa había enviado a mi madre osa para que me amamantara, y quien me entregó aquel arco de flechas infalibles para cazar y defenderme de los peligros. ¿Cómo habría podido sobrevivir de otra forma en un medio tan hostil? Artemisa había hecho todo aquello. Zoe era en realidad una cierva que la diosa había creado para que se acercara a mí y me acompañara. Se movía por el monte con aquella ligereza y gracia, porque era el mundo al que pertenecía. Por eso conocía los secretos de la arcilla que moldeaba, tan parecidos a los de su propio cuerpo, y dibujaba en el interior de sus vasijas aquellas escenas en que ciervas y muchachas estaban juntas. Eso era el amor para ella. No ver en el otro tu propio reflejo, sino la presencia de algo que no

eras tú y que nunca podrías hacer tuyo: que en los ojos de una cierva vieras los de la muchacha que amabas, y en los de esa muchacha los de una cierva. Su pie equino era un resto del cuerpo que Zoe había tenido que abandonar para venir a mi encuentro.

Sí, ya sé que estaréis pensando que no estoy en mis cabales, pero ¿acaso los dioses no pueden hacer cosas así? ¿Realidad y sueño no son para ellos dos caras de una única verdad: la vida? ¿Por qué nos habrían dado el don de los sueños si no quisieran que los creyéramos reales?

Mi padre, preocupado por mis escapadas al monte, se decidió a hablar conmigo. Ya tenía edad para casarme y tener hijos que aseguraran la pervivencia del trono. Me daba pena mi padre. Como se sentía culpable de haberme abandonado al nacer, pensaba que me negaba a concederle lo que me pedía porque quería vengarme de él. Pero yo no le guardaba ningún rencor. Había sido obligado a comportarse así conmigo porque un oráculo le había predicho que, al crecer, sería la causa de su muerte. Los oráculos son la causa de la cobardía de los hombres, les hacen creer que están atados a un destino que no pueden evitar porque se confunde con la voluntad de los dioses. Pero los dioses no se preocupan de esas cosas, y si bajan a este mundo es porque se aburren y para entretenerse un rato con nosotros. Yo no tenía miedo a transformarme en un animal si me casaba. Si pensaba en mi madre y en Zoe, en la vida que había compartido con ellas, solo podía sentir alegría porque algo así pudiera suceder. Mi desgracia era haber nacido mujer y no un animal que, ajeno a su suerte, se zambulle en la vida como lo hace el martín pescador en la corriente del río. ¿Cómo iba a tener miedo de que se cumpliera aquella maldición si esa vida sin las culpas humanas era lo que más deseaba?

Mi padre enfermó gravemente y por complacerle me plegué a sus deseos. Lo que no me esperaba es que esa decisión fuera a proporcionarme uno de los placeres más inesperados que he experimentado nunca: el placer de la venganza. El primero de mis pretendientes era un joven ciertamente apuesto, con la ambición y petulancia propias de la mayoría de los jóvenes a esa edad, especialmente cuando se acercan a nosotras como si fuéramos ese botín que, una vez conseguido, enseguida olvidarán; hijo de un rico mercader, se comportaba como si estuviera observando la mercancía que pensaba adquirir. Me visitó varias veces y, de forma inesperada, me pidió que me casara con él. Partía de viaje ese mismo día, le dije que le daría una respuesta a su regreso. Le incomodó visiblemente, pues no concebía que pudiera decirle que no. No te preocupes, le dije seductora al despedirme, soñaré todas las noches contigo. Y en efecto, eso hice mientras estuvo fuera, aunque esos sueños no fueran ni mucho menos los que él hubiera deseado. Aquel joven me miraba como lo había hecho el nubio que se acercó al puesto donde Zoe y yo vendíamos nuestras vasijas, como miran los cazadores a sus presas. ¿Eran todos los hombres así? ¿Tras su tierna apariencia al cortejarnos se ocultaban seres crueles capaces de lo que fuera, incluso de matar, para conseguir sus propósitos? ¿Era eso lo que explicaba aquella cadena sin fin de vejaciones y violencias que habían sufrido, y seguían sufriendo, todas las mujeres del mundo?

Decidí vengarme de todos ellos. Cuando regresó mi pretendiente le dije que si quería ser mi esposo tenía que vencerme en una carrera, pero, si triunfaba yo, mi trofeo sería su cabeza. Aceptó divertido el desafío. La prueba, que se celebró al día siguiente, consistía en dar tres vuel-

tas al estadio; a pesar de dejar que en las dos primeras me sacara varios codos de ventaja, fui yo quien en la última le adelantó sin esfuerzo. Enseguida tuve su cabeza en mis manos.

Tendría muchas más, que, clavadas en lanzas, mandaba colocar junto a la puerta de la ciudad para que todos pudieran verlas. La noticia de aquella prueba, lejos de amilanar a los jóvenes, les excitó todavía más y acudían por decenas dispuestos a aceptar el desafío. Todos estaban convencidos de que a ellos no les sería difícil vencerme. Todos terminaban sin cabeza. Me avalaba mi vida en el bosque. Mi madre me había enseñado el arte supremo de correr. Si te encuentras con una osa no debes correr, es mejor que te quedes inmóvil, confiando en que se aburra y te perdone la vida al no considerarte un rival a su altura.

Pero yo no me aburría e iba a aquellas competiciones como a una fiesta siempre nueva. Había descubierto el oscuro placer de humillar y dar muerte a aquellos engreídos. Veía su expresión anticipada de triunfo, la lujuria con que miraban mi cuerpo semidesnudo convencidos de que no tardarían en hacerlo suyo, tan semejante al gozo con que imaginaban en sus platos la carne del faisán que salían a cazar. Me dejaba adelantar haciéndoles creer que me vencerían, y disfrutaba oyendo los gritos de los hombres que acudían al estadio para celebrar una vez más el triunfo de uno de los suyos sobre las pobres mujeres de este mundo. Poco duraba su alegría. Me bastaba con forzar un poco el ritmo de mi carrera para dejarles atrás con facilidad cuando se avistaba la meta y ya estaban saboreando su triunfo. Me suplicaban entonces que les perdonara la vida, que harían lo que fuera para complacerme, pero ya estaban allí los soldados, dispuestos a

que nuestro pacto se cumpliera, y sus cabezas no tardaban en exhibirse clavadas en las lanzas de sus verdugos, como flores extrañas de un jardín siniestro.

Esto me hizo famosa entre las muchachas, que se acercaban a ver aquellas cabezas, y se congratulaban de que los jóvenes que tantas veces las habían tratado mal recibieran por fin su castigo, lo que a mí me complacía, pues nunca había entendido la forma tan cruel con que trataban a sus amigas ni que se creyeran superiores a ellas. Veía aquel mundo de caricias y besos, de palabras hermosas de que estas eran portadoras, la perfección de aquellos niños diminutos que nadie sabía dónde iban a buscar y que ponían en brazos de sus amantes como si fuera su mismo corazón lo que les estuvieran dando, y me preguntaba cómo tantos prodigios podían pasar desapercibidos para ellos. Era extraño que prefirieran el mundo de las conquistas, la guerra y los saqueos de los pueblos a aquel otro hecho de encanto, inteligencia y misteriosas delicadezas que sus amigas les entregaban, como si el verdadero sentido para ellos no lo tuviera la vida sino la muerte.

Poco a poco me cansé, dejé de disfrutar de mis triunfos, y aquellas competiciones empezaron a producirme un profundo malestar. A veces me quedaba mirando a los jóvenes del pueblo. Oía sus voces roncadas cuando se desafiaban entre risas, como cachorros de león jugando en el pastizal, y me preguntaba por qué, si eran tan hermosos, tenía que hacerles matar. No importaban los excesos que pudieran cometer a causa de su juventud, ni lo que pudieran hacer con la fuerza que esta ponía en sus miembros, sus cabezas estaban infinitamente mejor en sus troncos esbeltos que saboreando aquellas lanzas.

Índice

Mi madre era una osa: Atalanta	9
El extranjero indolente: Nausicaa	35
Todo en ti fue naufragio: Las sirenas	49
La tejedora de la caverna: Penélope	57
El héroe de las penas: Briseida	83
La prisionera: Europa	111
El animal que habla: Acteón	131
Mi amigo del lago: Leda	159
El rostro en el agua: Eco	193
Historia de una oveja: Teófanos	205
El regreso de los centauros: Medea	233
Un paraíso de escombros: Pasifae	251
La melliza oscura: Helena	287
Las enseñanzas de Eurídice: Orfeo	343